

## Interdisciplina con Alberto Cruz

**E**n aquel tiempo, la Escuela destinaba las mañanas de un semestre al estudio de Matemáticas. Los profesores arquitectos asistían a los ramos de esta asignatura según sus talleres. Los jueves a mediodía había una clase general para toda la Escuela en el Globo, el aula más grande de entonces. Todos los profesores nos sentábamos en la primera fila de esa sala y tras la clase, los matemáticos nos juntábamos con Alberto Cruz, Miguel Eyquem, Isabel Margarita Reyes y algún otro de la Escuela para planear la próxima lección. La reunión era variada, siempre interesante y muy exigente; nos íbamos contentos, agradecidos... y exhaustos.

En las clases globales, mientras el resto se acomodaba, Alberto dividía con tiza la pizarra en dos mitades (de unos cinco metros cada una) y escribía «Matemáticas» a la izquierda y «Arquitectura» a la derecha, y se paseaba entre ambas mitades hasta que de pronto se detenía diciendo «¡ya!», y de inmediato la audiencia se aquietaba y guardaba silencio. A continuación, los matemáticos —y en ocasiones algunos alumnos— reseñábamos el avance semanal en nuestro lado, resumiéndolo bajo una perspectiva homogénea, a lo que luego Alberto hacía un comentario arquitectónico ad hoc. Con el tiempo, me encargaba yo de la pizarra matemática y Alberto la comentaba.

Ese día, tras el «¡ya!», me levanté a hacer la exposición, pero Alberto me detuvo y dijo: «Voy a hablar yo primero, tú después comentas». Me senté entonces a escuchar su disertación arquitectónica, procurando identificar los puntos acerca de los cuales habíamos hablado la semana anterior, pero como era natural, él los había tomado y llevado en distintas direcciones, a otras alturas. Yo intentaba adivinar hacia dónde se dirigía, pero no parecía

evidente, y de pronto concluyó. Bajó del escaño, me pasó la tiza, y mientras me levantaba tratando de mantener una idea clara de lo que había dicho, Godo, que estaba a mi lado, me entregó un papel de media página escrito por ambas caras con comentarios y fórmulas matemáticas, y me señala: «Habla de esto también».

Este relato no se trata de mi supervivencia (de hecho, seguimos un largo trecho trabajando de esa manera). Lo verdaderamente interesante es que muestra cómo era trabajar con Alberto (con Godo nos veíamos menos) para un externo a la Escuela. Él decía con toda honradez que no sabía Matemáticas, pero nunca pude estar de acuerdo con su apreciación.

En una época anterior, nos reuníamos semanalmente Alberto, Isabel Margarita y yo, para hablar de nuestra materia. Cuando era mi turno, Alberto hacía unos trazos misteriosos —nunca una palabra o un número— en su cuaderno, usando cuatro o cinco lápices de pasta de diferentes colores; él no hacía muchos comentarios y yo no estaba muy seguro de que me escuchara. Sin embargo, un día en que preparábamos la clase del Globo, en **1995**, mientras yo hablaba me interrumpió: «Pero tú la otra vez me dijiste otra cosa». Tenía razón, yo me acordaba (había una pequeña y sutil diferencia): aquella otra vez había ocurrido dos años antes.

Una vez fue al Instituto de Matemáticas a decir que los estudiantes de Arquitectura y Diseño debían saber para qué servía derivar, y para qué servía integrar, sin saber derivar ni integrar. Entonces pareció escandaloso; hoy muchos entendidos le darían la razón. Fue un adelantado.

Arturo Mena Lorca